

El Uruguay en que se escribió *Ariel*

por Enrique Mena Segarra

Se me ha pedido que desarrolle el tema "El Uruguay desde el cual se escribió *Ariel*". El Uruguay sí, pero sobre todo Montevideo. Rodó era un hombre urbano, un hombre de ciudad, antes que nada o entre muchas cosas. Desearía comenzar citando una carta que escribió José Enrique Rodó a su amigo Juan Francisco Piqué el 19 de enero de 1904. En un

El autor

Profesor de Historia. Docente en el Instituto de Profesores Artigas y en el Instituto de Historia de la Universidad Católica del Uruguay. Director del Museo Histórico Nacional.

fragmento dice así: "Nada hay seguro en nuestro bendito país, ni en política ni en cuestión económica; todo es inestable, problemático, todo está amenazado de mil peligros y expuesto a desaparecer de la noche a la mañana: incluso el país mismo".

Uno puede, en primer lugar, observar la fecha de redacción: el 19 de enero, cuando había estallado uno de los conflictos más trágicos y agudos de nuestra historia, aunque también hay que reservar su parte a la hipocondría con que tantos intelectuales han observado la realidad nacional. No sabía Rodó que, superada esa crisis, el país se abocaría a una serie de reformas trascendentales. Pero veamos cuáles eran los datos objetivos de la realidad, hasta el punto en que los conocemos.

En primer lugar, podemos hablar muy brevemente del trasfondo económico. El Uruguay estaba remontando la crisis de 1890, la crisis más extrema, por la gravedad de sus manifestaciones, que ha conocido en toda su historia. Pero el país mostró una elasticidad muy grande, y en estos años del 900 se presenciaba el éxito del modelo agroexportador, exportación esencialmente de lanas, de

tasajo, charque —si bien éste se hallaba ya en declinación— y otros productos derivados de nuestro campo. Todo ello dentro de la órbita económica británica.

En los años 1896 a 1900, hubo un total de exportaciones de 156 millones de pesos. No olvidemos que la cotización del peso era ligeramente superior al dólar y la libra tenía una cotización estable de 4,70 pesos, que duró más o menos un siglo. A esos 156 millones de pesos de exportaciones se contraponían 119 de importaciones, o sea que en esos cinco años hubo un superávit de 37 millones de pesos. Esa prosperidad fue la que dio base a las reformas del período que se suele llamar batllista, que sin esa abundancia de recursos habrían sido absolutamente imposibles.

En 1896 se introduce otra novedad: un banco estatal (que no lo era por su carta orgánica pero que lo fue en los hechos), el Banco de la República Oriental del Uruguay, que marca una acción y una presencia crecientes del Estado en la fijación de la orientación económica, lo cual logró imponerse a través de la superación de los profundos prejuicios enraizados en la ideología liberal que había reinado durante el siglo XIX.

En 1901 van a comenzar las obras del puerto de Montevideo, adaptación necesaria a costa de cuantiosa inversión, pero indispensable para mantener la eterna ecuación económica uruguaya: la campaña produce y Montevideo exporta. Pero aquel puerto primitivo no podía seguir exportando sin un nuevo equipamiento, que se comienza a realizar en 1901 y llega a su terminación en 1910.

Las inversiones británicas eran otro protagonista. Se discuten las cifras, pero me parece acertada la de 40 millones de libras esterlinas que, dividiendo esa cifra por la población, nos da la mayor concentración de capital británico en el mundo (fuera de las propias Islas Británicas) per cápita. Consideremos que la India, poblada en aquel entonces por 300 millones de habitantes, tenía invertidos 850 millones de libras. Las divisiones respectivas revelan claramente la concentración de capital británico en el Uruguay, la mitad de él en ferrocarriles y la otra mitad en servicios tales como agua, luz, gas y seguros, aparte de otros rubros de comercio que también contribuían a ese total.

En segundo lugar hablaremos de la población en sí. En 1900 son 936.000 habitantes, cifra estimada, pero cuando Rodó tenía seis años, en 1877, la población era de 440.000, mucho menos que la mitad; en otras palabras, Rodó, desde el albor de su vida consciente, vio cómo se iba más que duplicando la población. Sin embargo, ese ritmo de crecimiento se iba enlenteciendo progresivamente, por un descenso de la natalidad, un descenso de la inmigración y el comienzo de una emigración hacia los países vecinos, emigración por supuesto de carácter laboral.

Montevideo contaba con 250 mil habitantes, de los cuales más o menos el 40% eran extranjeros; de ese 40% la mitad eran italianos y el resto predomi-

nantemente españoles, factor que le daba a la ciudad un cierto color que luego evidentemente la masificación le hizo perder. Es el color que intenta rescatar un libro del año 1898, *Mi Montevideo*, de Arturo Giménez Pastor, libro que merece ciertamente reedición, puesto que es desconocido hoy día.

Ese Montevideo era una ciudad sin automotores, y eso alcanza para darnos una idea de lo que podían ser aquellas calles surcadas por tranvías de caballos, coupés y volantas de las personas acaudaladas y un gran porcentaje, como es natural, de peatones, pues en general las distancias no eran largas. Personas había que tenían estos medios de transporte privados, coches de caballos, podría decirse que más por ostentación que por necesidad.

La luz eléctrica se había impuesto en la Ciudad Vieja y en el Centro; el 1% de la población de Montevideo estaba abonada al servicio telefónico, si bien es verdad que los teléfonos domiciliarios eran muy escasos: la gran mayoría estaba en comercios.

Dicho de otro modo: ésta era todavía una sociedad de vecinos, una sociedad con el contacto humano directo, que no había llegado todavía al umbral de la masificación. En determinado nivel, por ejemplo, en la clase social a que pertenecía Rodó, todo el mundo se conocía. Para nadie eran un secreto las costumbres y los hechos concretos de la vida de los demás miembros de ese mismo nivel.

Desde el punto de vista cultural, el analfabetismo era elevado aún; en el marco general del país, un 50% más o menos, con un 35% en Montevideo, pero eran cifras en retroceso gracias a la obra de la reforma vareliana, que no fue instantánea, como es natural, sino que demoró años en implementarse para establecer los fundamentos de la escuela pública moderna.

Secundaria agrupaba apenas a 300 alumnos aproximadamente, cifra bastante fija, lo que no es de extrañar si consideramos que era una enseñanza estrictamente preuniversitaria, pensada con esa exclusiva finalidad. Allí se impartía una cultura esencialmente humanística, pero que apuntaba ya a un racionalismo científicista, aun pasando por alto las disputas, tan intensas al fin del siglo, entre espiritualistas y positivistas; pero había de todos modos un racionalismo que ambas tendencias compartían y una inclinación, impulsada sobre todo por el positivismo, hacia el cultivo de las ciencias y la disciplina mental derivada de ellas.

La Universidad contaba más o menos 900 alumnos en sus diversos cursos, como es natural, repartidos en las facultades de Derecho, Medicina y Matemáticas (excluimos la formación secundaria, que institucionalmente era también parte de la Universidad). En ella se elaboraba todavía la alta cultura nacional, si bien la generación del 900, que Rodó integraría, sería la primera generación intelectual uruguaya que no debiera su formación exclusivamente o casi exclusivamente a la Universidad; de hecho, el porcentaje de titulados en las genera-

ciones intelectuales anteriores era casi unánime y aquí en cambio es inferior; el mismo Rodó no concluyó sus estudios.

Pero existía una cultura letrada (en el sentido de cultura del papel impreso) popular, una cultura que se alimentaba de la prensa. Había unos diez diarios, algunos de ya larga permanencia, como *El Siglo*, otros más episódicos, y uno de esos periódicos, *El Día*, de José Batlle y Ordóñez, sería el primer diario de masas, el primer órgano de prensa auténticamente popular, porque aquel hábil hombre de negocios que supo ser ocasionalmente José Batlle y Ordóñez, además del político e ideólogo que conocemos, impulsó su periódico disminuyendo el precio a la mitad (el "diario a vintén"); fue el primer diario que se sostuvo en parte por la venta y en parte muy fundamental por los avisos.

Las revistas de sátira política eran muy numerosas en aquel tiempo y bastante efímeras, con alguna excepción como pudo ser *Caras y Caretas*, que ya para esas fechas se había mudado a Buenos Aires, o *El Negro Timoteo*, en sus diversas etapas, obra de la vida de Washington Bermúdez.

Esas revistas colocaban al elenco y al acontecer político bajo el prisma del humor, del humor alimentado con excelentes plumas en lo satírico y en lo anecdótico y también con unos soberbios dibujos. Produce una sensación a veces extraña recorrer las páginas de aquellas revistas en colores y recordar que en Montevideo se publicaba como media docena al mismo tiempo. Han sido certeramente analizadas por el chileno Alfonso Cerda Catalán en un trabajo publicado por la Facultad de Humanidades, sumamente recomendable.

En cuanto a la religiosidad, comparando la de nuestro país, y nuestra ciudad sobre todo, con las de realidades tan cercanas como la de la vecina orilla, se observa un cumplimiento de los deberes religiosos más bien escaso y además predominantemente femenino.

Sería del caso hablar ahora de la sociedad. Según los estudios de Barrán y Nahum, un 4,5% de la sociedad, montevideana sobre todo, estaba compuesto por la clase alta, calculada por ellos en unas 2.700 familias. Sus centros de residencia estaban bien determinados: el Centro y la Ciudad Vieja, todavía no tugurizada como ahora, donde podemos ver en conventillos deprimentes, pensiones sospechosas y depósitos de comercios las escaleras de mármol de Carrara de las antiguas casas, hechas a medida (el arquitecto enviaba desde Montevideo las medidas a las canteras de Carrara y venían ya labrados los escalones). Poseían sus quintas, naturalmente en el Prado, y sus casas de veraneo en Pocitos. Eran estancieros o comerciantes, como el padre de José Enrique Rodó, inscrito cómodamente en ese sector social; su casa de la calle Treinta y Tres casi Buenos Aires era realmente una casa de categoría, que revelaba un muy buen pasar. Otro sector de la clase alta eran los grandes industriales, hombres nuevos de la sociedad, la gran mayoría de ellos de origen inmigratorio.

Las clases medias vivían esa indeterminación que las caracteriza, entre el temor de caer y la desesperación por subir; no sabían que las aguardaba un siglo eminentemente mesocrático, en el que sus valores y sus costumbres se impondrían al conjunto de la sociedad.

Y después los obreros, residentes en arrabales o mezclados geográficamente con la clase alta en los conventillos de la Ciudad Vieja y del Centro; entre ellos había un elevado porcentaje de extranjeros que dieron combatividad a la luchas obreras, tan intensas en los primeros años del siglo XX.

Una referencia, en fin, a la vida política. José Enrique Rodó nació dos días antes de la batalla de Manantiales, aquel combate de la revolución de las Lanzas en que perdió la vida de manera homérica Anacleto Medina, viejo prácticamente ciego. Ése era el Uruguay en que nació Rodó.

Un Uruguay con escasísimo peso del Estado, un Estado rudimentario, impotente, mendicante, pero un Estado en que la autoridad pública estaba mediatizada por los caudillos. El desdichado general Lorenzo Batlle, presidente en este año del 71, no podía hacerse obedecer de la campaña si no era por intermediación de las buenas gracias de un caudillo local de influencia, cosa que los acontecimientos de aquella época revelan de una manera casi caricaturesca.

Mientras se desarrollaban la infancia y la adolescencia de Rodó, tenía lugar la obra del militarismo, tan oscurecida y deformada por la pasión política, pero que es preciso reconocer. Por una parte, se buscó imponer el orden, sobre todo por la mano de hierro del coronel Lorenzo Latorre, que era una necesidad impostergable de la sociedad, prioritariamente en la campaña; también se procuró la neutralización del viejo caudillismo, el establecimiento de la autoridad del gobierno central, que entonces pasaba a ser acatado en todos los ámbitos del país. Por otra parte, se organizaron, y fundaron en su caso, instituciones como el Registro Civil; se reestructuraron las preexistentes, como ocurrió con el Correo; las innovaciones técnicas se utilizaron al servicio del poder público: los ferrocarriles, el telégrafo, el armamento moderno, el fusil, primero de retrocarga y después de repetición, la artillería de acero de retrocarga y de largo alcance, según los nuevos modelos europeos.

En una palabra, el período militarista ambientó la creación del Estado nacional, que antes de él no existía; pero además, durante esa etapa histórica, simultáneamente se consolidó un sentimiento nacional, y ésa es una transformación espiritual de enorme jerarquía. Es por demás dudoso que existiera tal sentimiento nacional uruguayo en 1830; creo que simplemente cabe negarlo. De otra manera la Guerra Grande sería incomprensible, a no ser que admitiéramos que allí se estaba en presencia de dos bandos de traidores. No hay tal; no había sentimiento nacional; había un sentimiento difuso, rioplatense por un

lado y localista por el otro, pero no una conciencia que se pudiera llamar nacional uruguaya.

Ese sentimiento nacional uruguayo, fomentado desde los gobiernos militaristas, se expresó en la cultura. Toda cultura que nace, toda cultura perteneciente a una nacionalidad que se está afirmando (y los ejemplos decimonónicos de Europa son simplemente innumerables) exalta los valores patrióticos, los valores que se tienen como más propios e identificatorios de esa nacionalidad. Y entonces tenemos en 1878 el cuadro más conocido de la pintura uruguaya, *El juramento de los Treinta y Tres Orientales*, de Blanes, que es un cuadro de tema patriótico.

En 1879, al inaugurarse el monumento a la independencia en la Florida, *La leyenda patria* de Juan Zorrilla de San Martín proclamaba: "Es la voz de la patria, pide gloria"; y el intelectual, el pensador, el poeta, el artista, el historiador responden a ese llamado de la patria, exaltándola de acuerdo con sus medios y su forma de expresión. En un nivel más modesto pero de gran repercusión popular, en 1882 Gerardo Grasso difundía el *Pericón nacional*, con esa exaltación de la bandera que todos conocemos. A partir de 1888 comenzaba el ciclo novelístico de Eduardo Acevedo Díaz, desarrollado en tiempos de la Patria Vieja y de la revolución que llevó a la independencia.

La historiografía responde al mismo compás: entre 1880 y 1882 Francisco Bauzá escribe su monumental *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Pero además esta nacionalidad nueva que se estaba afirmando necesitaba un prócer unánimemente reconocido, y allí estaba Artigas en proceso de reivindicación. Se lo exalta entonces como lo que seguramente no fue: fundador de la nacionalidad oriental —ningún hombre funda una nacionalidad, ni tampoco ningún hombre la destruye, pues ellas son producto de evoluciones largas y complejas— y también se lo eleva a máximo prócer nacional, despojándolo de su carácter rioplatense y federal para reducirlo a héroe parroquial, héroe de un país separado de la vieja confederación, de lo que él mismo llamaba "el sistema".

En este ambiente llega a su ocaso la prédica unionista de Juan Carlos Gómez, triste personaje en mi opinión (y no exijo que nadie se pliegue a ella), prédica que trotaba detrás de unos utópicos Estados Unidos del Plata, imposibles y no deseados por ningún uruguayo excepto él y su circulillo. Esas ideas parecían ya anacrónicas; no hay más que recordar la respuesta altanera y despectiva de Francisco Bauzá en 1879, en páginas en verdad magistrales por la forma, pero muy endebles desde el punto de vista histórico, tal como las vemos ahora, y también la refutación de José Pedro Ramírez en 1881.

Simultáneamente encontramos a ese personaje tan curioso que fue Ángel Floro Costa, hoy día inexistente excepto por el nombre de una calle. En 1880 había publicado un libro titulado *Nirvana* que despertó gran atención y preocu-

pación: el Nirvana, el no ser, la extinción del Estado uruguayo. Allí analiza, con acopio de argumentos, las posibilidades que se le ofrecían al país como futuro. Negaba el mantenimiento de su independencia; lo deseaba pero no creía que fuera asequible. La formación de los Estados Unidos del Plata, como lo predicaba su mentor Juan Carlos Gómez, le parecía deseable pero muy improbable; lo que él miraba como destino más cierto para el Uruguay era volver a ser la Provincia Cisplatina.

Cuando en 1880 se publicó esta obra, suscitó ecos; pero en 1899 Costa consideró del caso dar a conocer una segunda edición (la primera había sido bonaerense; la segunda fue montevideana, de la imprenta de Dornaleche y Reyes) y ésta pasó con un encogimiento de hombros del público. Era otra voz del pasado, que a ese Uruguay optimista y pujante ya nada le decía.

Pero este año 1900 está fundamentalmente dominado por las consecuencias de la revolución de 1897, que significó el comienzo de la purificación del sufragio y la representación de las minorías, conquistas democráticas absolutamente innegables y que sin esa revolución no se habrían producido, o se habrían producido de muy otra manera.

Esos progresos estaban consagrados en la paz de 1897 y en las leyes del año siguiente: en abril la del Registro Cívico Permanente y en octubre la de elecciones. El Uruguay, república desde sus inicios institucionales, se va convirtiendo progresivamente en una democracia; no lo es todavía en 1900, aunque está encaminándose a serlo, y en todo caso la consagración de un sistema plenamente democrático es el objetivo de las mejores mentes y las mejores voluntades del país.

Esa marcha se realiza de la mano de una clase política en formación y progresivamente profesionalizada. Van apareciendo hombres que se dedican exclusiva o por lo menos prioritariamente a la vida política, de los cuales el primero y más proceral fue José Batlle y Ordóñez, un hombre que durante toda su vida no tuvo otra actividad, directa o indirectamente, que la política.

Un nuevo impulso se da en la organización de los partidos; pero todos estos progresos, que son indiscutibles, tuvieron un precio: la regionalización del poder político. El Uruguay estaba dividido —no sólo en la realidad sino sobre todo en la visión popular— en un país colorado y un país blanco, muy desiguales en superficie y más aun en población. Los seis departamentos blancos contaban con el 27% de la superficie de la república y el 18% de su población, pero se habían establecido claramente dos polos de poder. Uno de ellos estaba en Montevideo, personificado en el presidente Juan Lindolfo Cuestas, hombre gruñón, atrabiliario y colérico que aparentaba una edad superior a los 60 años que tenía en 1897 (edad más provechosa entonces que ahora), pero dotado de un ánimo combativo que lo impulsaba a escribir en el diario oficialista *La Nación* artículos anónimos, virulentos y cargados de hiel contra sus adversarios, artículos

que todo el mundo sabía que los escribía él, por otra parte. El otro polo estaba ubicado primero en la estancia El Cordobés, y desde este mismo año 1900 en Melo, en la persona del caudillo nacionalista Aparicio Saravia.

Existía, pues, una tensión bipolar, una verdadera corriente eléctrica entre ambos centros de poder, acompañada de un gran temor a los enfrentamientos electorales que podrían convertirse en enfrentamientos armados. Por eso ésta fue una etapa de acuerdos electorales (el primero ya en 1898) por los cuales se elaboraban listas mixtas para evitar la contienda en las urnas. Esas listas se pactaban con determinado porcentaje para los colorados, uno menor para los blancos y alguna migaja para los constitucionalistas, partido ya en disolución.

No obstante, el panorama político mostraba un crecimiento indiscutible del Partido Nacional. Y así fue que en noviembre de 1900 se procedió a la elección de seis senadores. De acuerdo con la Constitución de 1830, el Senado se renovaba por tercios cada dos años, o sea que seis senadores debían ser elegidos en ese año, y el Partido Nacional, observando sus excelentes perspectivas electorales, se negó al acuerdo y obtuvo cinco de esas seis bancas, cómputo tanto más importante por cuanto triunfó en tres departamentos blancos y en dos colorados. ¿Qué quiere decir esto? Que se respetó la libertad electoral, que el gobierno no intervino en los comicios como era lo habitual hasta entonces. Otro dato interesante es que la victoria del Partido Colorado en Río Negro se produjo por 14 votos, lo cual nos revela otra cosa: la exigua cantidad de votantes, en los departamentos del interior sobre todo, apenas unos pocos centenares.

Pero en el horizonte se vislumbra ya la sombra de la guerra, desde las palabras agoreras pero proféticas de Julio Herrera y Obes al negarse a votar en el Senado la aprobación de la paz del 97, diciendo que esa paz traería a los pocos años otra guerra, hasta los temores de las clases poseedoras, que preferían cualquier cosa antes que una nueva guerra civil, que significaba la ruina de las estancias, el descenso del comercio y una conmoción general de la economía.

Esos temores no fueron suficientes para impedir el movimiento armado de 1903 y sobre todo la gran guerra civil de 1904, ya bajo otra orientación gubernativa, la de Batlle y Ordóñez, que sería el último conflicto bélico que viviera nuestro país. Pero eso estaba aún envuelto en las sombras del futuro. Algunos lo veían venir, otros no querían admitirlo. Lo que nadie sabía, ni tampoco Rodó cuando escribía que "todo es inestable, problemático; todo está amenazado de mil peligros y expuesto a desaparecer de la noche a la mañana: incluso el país mismo", era que la guerra de 1904 abriría el camino a un país nuevo.

Resumen

Para ayudar a comprender el mundo en el que Rodó desarrolló su pensamiento y escribió sus obras, el autor refiere las principales características del Uruguay y en especial de su capital en las últimas décadas del siglo XIX y primeros años del siglo XX. Describe las condiciones y la estratificación de la sociedad, sintetiza la evolución económica, demográfica y cultural, la génesis del sentimiento nacional y el proceso político que culminó en la guerra civil de 1904.